

# **Las glorias divinas resplandecen en la cruz**

Ernst August BREMICKER

[biblicom.org](http://biblicom.org)

# Índice

1 - Un momento único . . . . .	3
2 - «Ahora es glorificado el Hijo del hombre» . . . . .	3
3 - «Dios es glorificado en él» . . . . .	4
4 - «Enseguida lo glorificará» . . . . .	5

Traducido de «*Le Messager Évangélique*», año 2016, página 321

## 1 - Un momento único

Cuando Judas salió, Jesús dijo:

- «*Ahora es glorificado el Hijo del hombre*»
- «*y Dios es glorificado en él*»
- «*Si Dios es glorificado en él, también Dios lo glorificará en sí mismo; y enseguida lo glorificará*» (Juan 13:31-32).

Estas palabras del Señor Jesús, pronunciadas en el momento en que Judas acababa de salir del cenáculo, merecen toda nuestra atención. La cruz y sus terrores estaban muy cerca ante los ojos de nuestro amado Salvador, quien, un momento después, iba a cumplir la obra de la redención. Sin embargo, Jesús no habla de sus sufrimientos, aunque nunca habían sido tan intensos, sino de la cruz, el lugar donde se manifestarán las glorias divinas. Él, el Hijo del hombre, va a ser glorificado, y Dios va a ser glorificado en él.

Cuando contemplamos la cruz, nuestros pensamientos se limitan con demasiada frecuencia a la maravillosa salvación que nos ha traído. Pero sus resultados son mucho más amplios de lo que nos está destinado. La cruz es el lugar donde las glorias divinas han brillado de una manera única –de una manera que nunca se había manifestado.

## 2 - «Ahora es glorificado el Hijo del hombre»

Este «ahora» es el de la cruz, el lugar de los dolores y sufrimientos más terribles. Cuando Jesús sufrió por nosotros como sacrificio por el pecado, todas sus glorias morales fueron plenamente manifestadas. Glorificar a alguien significa poner de relieve todo lo que hay de admirable y excelente en él, todas las virtudes que le son propias. A lo largo de la vida de nuestro Señor, su perfección podía verse claramente, pero la cruz es su punto culminante. El mismo lugar de la prueba y del sufrimiento

fue aquel en el que el Señor Jesús fue glorificado como Hijo del hombre y como Hijo de Dios.

Allí fue donde su perfección humana se manifestó de la manera más brillante. Ningún otro hombre jamás ha respondido así a lo que Dios deseaba. Nuestros primeros padres fallaron en las mejores circunstancias, y nosotros, a nuestra vez, hemos fallado a lo largo de toda nuestra vida. Pero Jesús, el segundo hombre, el hombre perfecto venido del cielo, satisfizo todas las exigencias de Dios. Y lo hizo en las circunstancias más difíciles que puedan existir. Su gloria moral brilla tanto más cuanto que el fondo de este cuadro es terriblemente sombrío. Vemos su obediencia hasta la muerte y su entrega a Dios. Admiramos su amor, que sobrepasa todo entendimiento. Vemos su paciencia y su bondad. No opone resistencia alguna cuando lo apresan, cuando le escupen, cuando lo clavan en la cruz, cuando lo cubren de insultos y burlas. ¡Y qué imagen de su maravillosa gracia, cuando ofrece el perdón al malhechor arrepentido que está crucificado con él! Nada puede impedirle ejercer su bondad ni manifestar su perfección.

### 3 - «Dios es glorificado en él»

La cruz no es solo el maravilloso despliegue de todas las glorias morales del hombre perfecto venido del cielo. Es también la manifestación suprema de la gloria de Dios –Padre, Hijo y Espíritu Santo. «Dios es glorificado en él» –¿qué significa esto? Todo lo que Dios es en sí mismo se hizo visible en la cruz. Si deseamos saber realmente qué es Dios, debemos mirar hacia la cruz. Dios ya se había revelado en el Antiguo Testamento, por supuesto. Se dio a conocer como el Creador, como el Todopoderoso, como Jehová –el que es fiel y no cambia. Pero eso no era más que una revelación parcial. Solo la cruz revela de manera perfecta lo que Dios es. Allí fue revelado y glorificado en el hombre perfecto.

«Dios es luz» (1 Juan 1:5) y «Dios es amor» (4:8, 16). Ambas cosas se ven plenamente en la cruz. Como es luz, Dios es santo y justo. No puede cerrar los ojos ante el pecado. Y así, «no escatimó» –ni podía escatimar– «a su propio Hijo» (Rom. 8:32). La santidad de Dios exigía que, durante las 3 horas de tinieblas, abandonara a su Hijo. Cuando fue cargado con nuestros pecados, Dios tuvo que abandonarlo y juzgarlo. No había atenuación alguna. Todo el peso de la ira del Dios santo recayó sobre Jesús. El fuego y el cuchillo estaban en la mano de Dios, y no podía haber un sustituto como lo hubo para Isaac (Gén. 22). Debido a la santidad de Dios y a su justicia, los

cielos permanecieron cerrados cuando Jesús, en su angustia, exclamó: «¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has desamparado?» (Mat. 27:46). No hubo respuesta. Así, Dios fue glorificado en su santidad.

Pero también fue glorificado en su amor. «Porque Dios amó tanto al mundo, que dio a su Hijo único» (Juan 3:16). Este don implicaba la cruz en la que murió Jesús. En la oscuridad más profunda, vemos brillar la luz del amor de Dios como nunca. Entonces se manifestaron «la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor hacia los hombres» (Tito 3:4). Para comprender la inmensidad del amor de Dios, volvamos a la cruz y contemplemos, en profunda adoración, lo que allí tuvo lugar. «En esto consiste el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y envió a su Hijo [como] propiciación por nuestros pecados» (1 Juan 4:10).

La cruz es el punto donde «La misericordia y la verdad se encontraron», donde «la justicia y la paz se besaron» (Sal. 85:10). La cruz revela la justicia de Dios, su majestad y su verdad, así como su amor, su gracia y su misericordia. Aunque su justicia debe condenar a todos los pecadores, Dios puede ahora actuar según su amor y ser justo al justificar a quienes creen en su Hijo. ¡Qué resultado glorioso de la obra de Cristo en la cruz!

## 4 - «Enseguida lo glorificará»

Aquí tenemos la maravillosa respuesta de Dios a lo que se ha cumplido en la cruz. El hombre perfecto ha sido glorificado y Dios ha sido glorificado en él. ¿Podía Dios permanecer indiferente? ¡Por supuesto que no! Lo resucitó de entre los muertos. Lo elevó al cielo y lo sentó a su diestra. La cruz de la vergüenza ha dado paso al trono de gloria. La corona de espinas ha dado paso a la corona de oro fino.

Dios lo glorifica sin demora. Llegará el día en que será glorificado y honrado en el lugar donde fue crucificado. Durante el Milenio, su gloria real llenará la tierra. Pero Dios no quiere esperar a ese momento para darle el lugar de honor que le corresponde. Lo glorificó “de inmediato”, dándole un lugar de honor supremo. «Por lo cual Dios también lo exaltó hasta lo sumo, y le dio el nombre que es sobre todo nombre» (Fil. 2:9). El primer capítulo de la Epístola a los Efesios nos habla de «la potestad de su fuerza, que él ejerció en Cristo, resucitándolo de entre los muertos» (v. 19-20). Y Dios «sentándolo a su diestra en los lugares celestiales, por encima de todo principado, y autoridad, y poder, y señorío, y de todo nombre que es nombrado,

no solo en este siglo, sino también en el venidero; y ha sometido todas las cosas bajo sus pies» (v. 21-22). Ahora vemos a Jesús con los ojos de nuestro corazón. Vemos «coronado de gloria y honra» a aquel que fue hecho «inferior a los ángeles... por causa del sufrimiento de la muerte» (Hebr. 2:9).

Hoy, el mundo que lo rechazó aún no ve su gloria. Pero nosotros, por la fe, la vemos. Lo adoramos, nos postramos ante él en nuestros corazones, nos maravillamos ante él y le ofrecemos nuestras alabanzas. Esperamos el momento glorioso en que lo veremos cara a cara. Durante la eternidad, le daremos gloria y honor por todo lo que es y por todo lo que ha hecho.